

## Una Iglesia misericordiosa para un mundo herido \*

Comenzamos recordando tres detalles del papa Francisco, pequeñas pistas que ayudan a enfocar nuestras reflexiones en este inicio del Año Jubilar de la Misericordia. El 17 de marzo de 2013, en el primer *Angelus* tras su elección como Papa, Jorge Mario Bergoglio citó el libro del cardenal Kasper *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana* (Sal Terrae, Santander 2012) diciendo: “me ha hecho mucho bien, mucho bien”. No muchos pudieron entonces adivinar la importancia de este tema para su pontificado. Del mismo modo, en ese momento tampoco resultaba obvia la relevancia de su lema episcopal, *Miserando atque eligendo*, que el propio Francisco explicó en la entrevista concedida a las revistas jesuitas que ahora compartimos y publicamos este editorial, entrevista realizada por Antonio Spadaro, SJ. El Papa dijo: “el gerundio latino *miserando*, me parece intraducible tanto en italiano como en español. A mí me gusta traducirlo con otro gerundio que no existe: *misericordiendo*”. El tercer ejemplo proviene de esa misma entrevista, en la que el papa Francisco afirmó con bastante claridad que “lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía,

\* Este texto (como la primera entrevista con el papa Francisco, publicada el 19 de septiembre de 2013) aparece de manera simultánea en las diversas revistas culturales jesuitas de Europa. El texto original inglés fue redactado por Andreas R. Battlog, SJ (Múnich) y Daniel Izuzquiza, SJ (Madrid) y será publicado por las revistas *Anoichtoi Horizontes* (Atenas), *Brotéria* (Lisboa), *Chosir* (Ginebra), *Études* (París), *La Civiltà Cattolica* (Roma), *Razón y Fe* (Madrid), *Signum* (Uppsala), *Stimmen der Zeit* (Múnich), *A Szív* (Budapest) y *Thinking Faith* (Londres).

proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla”.

### **Un corazón misericordioso**

Con estas intuiciones en mente, no puede sorprender el papel que la misericordia está jugando en el magisterio ordinario del papa Francisco y en su convocatoria del Año Jubilar de la Misericordia. Por supuesto, la misericordia está en el corazón mismo de la revelación bíblica, porque está en el corazón mismo del Dios Trinitario. Desde una perspectiva teo-antropológica, santo Tomás de Aquino consideraba que la misericordia dirigida al prójimo en necesidad “es la mayor de las virtudes” (*Summa Theologiae*, II-II, q. 30, a. 4), destacando además que la misericordia tiene un doble componente, afectivo y efectivo.

El Año Jubilar de la Misericordia comenzará el 8 de diciembre, fecha escogida “por su gran significado en la historia reciente de la Iglesia”. Empezará con la apertura de la Puerta Santa, en la efeméride del concilio que siguió la llamada de Juan XXIII: “abramos las ventanas de la Iglesia” para que pueda entrar el viento fresco del Espíritu. En *Evangelii Gaudium* podemos leer otra invitación pontificia a ser una Iglesia abierta: «la Iglesia “en salida” es una Iglesia con las puertas abiertas» (EG 46). Abrir los propios corazones y la propia vida es un modo de mostrar misericordia.

No hay oposición entre misericordia y verdad, como si hubieran dos bandos opuestos en la Iglesia. Y tampoco hay contradicción entre el papa Francisco y sus predecesores, si recordamos, por ejemplo, *Caritas in Veritate* de Benedicto XVI o *Dives in Misericordia* de Juan Pablo II.

### **La misericordia, «ad intra»**

La Constitución Dogmática del Concilio sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, afirma con claridad: «Cristo fue enviado por el Padre a “evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos” (Lc 4,18),

“para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo» (LG 8). Este criterio ofrece la orientación para el compromiso y para el comportamiento de la Iglesia en diversas situaciones. De hecho, como nos recuerda la bula papal de convocación, la Iglesia está llamada a ser un “oasis de misericordia”; esto debe ser así no sólo en la Iglesia en general, sino «en [todas] nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos» (*Misericordiae Vultus* 12).

Mencionemos ahora dos ejemplos tan delicados como significativos que ponen en práctica este principio. El primero se refiere al aborto. Como es ya bien conocido, el papa Francisco ha decidido «conceder a todos los sacerdotes para el Año jubilar, no obstante cualquier cuestión contraria, la facultad de absolver del pecado del aborto a quienes lo han practicado y arrepentidos de corazón piden por ello perdón» (carta al arzobispo Fisichella, 1 de septiembre de 2015). Por supuesto, esto no niega el “drama del aborto”, “profundamente injusto”. Pero, el Papa continúa afirmando que es posible «conjugar palabras de genuina acogida con una reflexión que ayude a comprender el pecado cometido, e indicar un itinerario de conversión verdadera para llegar a acoger el auténtico y generoso perdón del Padre que todo lo renueva con su presencia». El amor de Dios no es rigorista ni permisivo. Tampoco puede serlo la praxis misericordiosa de la Iglesia.

Algo parecido puede decirse a propósito del segundo ejemplo referido a la compleja realidad de las familias, con sus fracasos, sus sufrimientos, sus rupturas y sus callejones sin salida. La Iglesia, como Madre, reconoce la necesidad de un cuidado pastoral misericordioso ante una variedad de situaciones, que incluyen: parejas casadas civilmente o que viven juntas; familias heridas, monoparentales, personas separadas y divorciadas, vueltas a casar o no; y personas con orientación homosexual. La misericordia de Dios requiere encarnarse en la Iglesia de

Cristo, mostrando la “*caritas in veritate*” de un modo concreto y convincente para las personas en todas estas situaciones.

### **La misericordia, «*ad extra*»**

Si *Lumen Gentium* se centra en la Iglesia considerada en sí misma, mirándose, de algún modo, hacia dentro; otro gran documento del Concilio, la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* dirige su atención a la Iglesia en el mundo, en su dimensión *ad extra*. La misericordia está en el núcleo de la identidad de la Iglesia, de sus relaciones y de su vida. Pero la misericordia está también en el centro de la actividad misionera de la Iglesia, ya que todas las realidades humanas, y la sociedad en su conjunto, son movidas por y están orientadas hacia el corazón de Dios: «El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones» (GS 45).

Vienen ahora a nuestras mentes y a nuestros corazones las frases iniciales de *Gaudium et Spes*, bien conocidas y frecuentemente citadas: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS 1). Ahora bien, ¿cómo se aplica este mensaje a nuestro mundo contemporáneo? Sin duda, encuentra eco en numerosas situaciones difíciles, especialmente en esta cultura de la exclusión en la que vivimos. Sabemos bien que hay muchos temas relevantes, pero debido a la limitación de espacio, queremos centrarnos sólo en uno de ellos.

Este editorial aparece firmado conjuntamente por una serie de revistas jesuitas europeas y es evidente que Europa está en estos momentos afrontando una serie de crisis que suponen otros tantos retos: crisis de refugiados, crisis humanitaria, crisis política. ¿Qué puede decir la misericordia ante esta situación? El mismo Papa ha iluminado este asunto en diversas ocasiones, incluyendo su reciente mensaje para la Jornada Mundial de los Migrantes y

Refugiados, en el que ofrece la respuesta de la misericordia ante este serio reto: si somos honestos con nosotros mismos y con la realidad, reconoceremos que «el Evangelio de la misericordia interpela las conciencias, impide que se habitúen al sufrimiento del otro e indica caminos de respuesta que se fundan en las virtudes teologales de la fe, de la esperanza y de la caridad, desplegándose en las obras de misericordia espirituales y corporales». Así pues, ¿cómo podemos abordar la actual crisis de refugio desde esta perspectiva evangélica?

Por una parte, reconocemos la rápida y generosa respuesta de un número significativo de personas, familias, comunidades y organizaciones de base de la sociedad civil. La solidaridad brota de los corazones misericordiosos. En lugar de reaccionar desde el miedo o el egoísmo, la mayoría de las sociedades europeas han respondido desde el corazón, trayendo a la superficie sus raíces cristianas, en ocasiones olvidadas o rechazadas. Por otra parte, debemos decir que este tipo de respuesta personal, aunque necesaria, resulta insuficiente. La caridad cristiana tiene una dimensión política. Y la misericordia necesita ser encarnada en el ámbito jurídico. Especialmente cuando nos referimos a los refugiados, como en este caso, la ley internacional debe ser aplicada, teniendo en cuenta el aspecto obligatorio de los acuerdos firmados por los Estados. Atender a las personas que huyen de la guerra no es una decisión opcional de algunos políticos; es un requisito de la regulación internacional y de los Derechos Humanos. Finalmente, hay que decir que los planes de emergencia humanitaria no pueden ocultar la necesidad de programas domésticos de integración a largo plazo y un compromiso serio con los procesos de paz orientados a terminar con las guerras en los países de origen de los refugiados.

### Conclusión

*Misericordiae Vultus* es una invitación a ser “misericordiosos como el Padre”. Así como el padre de la parábola del Evangelio de Lucas buscaba permanentemente a su hijo (cf. Lc 15, 20), estamos invitados a estar pendientes de nuestros hermanos, a

prestar atención a su situación y sus necesidades, a descubrir sus rostros, en definitiva, a reconocer una común humanidad. Como ha subrayado el filósofo lituano-francés Emmanuel Lévinas, el rostro del otro (su *visage* = *vultus*) crea una obligación ética: «el rostro me habla y por ello me invita a una relación [...] El rostro abre el discurso original, cuya primera palabra es una obligación» (*Totalidad e infinito*, Sígueme, Salamanca 2003, 211; 214). En una visión ética y cristiana, respondemos a esta llamada ayudando al otro en sus necesidades. Como señaló san Ignacio de Loyola, «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras» (*Ejercicios Espirituales* 230). Las obras de misericordia son nuestra respuesta a la llamada de un mundo herido. ■